
Canciano, E. (diciembre, 2019). "La baba de las sombras. Entrevista a Martín Sancia Kawamichi". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 9 (5), pp. 289- 310.

La baba de las sombras.

Entrevista a Martín Sancia Kawamichi

Evangelina Canciano¹

Martín Sancia Kawamichi nació a la lectura en los inicios de su adolescencia y se convirtió en un escritor de obras desbordantes, con personajes de aventuras que nos invitan a movernos por un territorio impreciso y siempre vacilante que va entre el terror, el humor y el amor.

Ha escrito reconocidas obras para adultos como Shunga y Hotaru, y obras para chicos que también son para adultos. Entre ellas: Breves historias de animales... Los poseídos de Luna Picante, 25 tarántulas, Todas las sombras son mías, Anchoa...

Desde que lo escuché leer algunos fragmentos de su obra - en un Festín de lecturas organizado por Silvia Hopenhayn- me sumergí especialmente en la lectura de su obra publicada como literatura infantil. También comencé a tomar clases en el taller literario. Ahí surgió mi inquietud y ánimo por conversar con él y compartir con otros lectores sus puntos de vista en relación a la literatura y, en especial, la llamada literatura infantil.

Transcurría la media tarde de un día de casi mediados de julio, cuando en un bar del Abasto dimos *play* al grabador que fue testigo del discurrir del pensamiento de este

¹ Evangelina Canciano es Pedagoga e investigadora. Cursó el Doctorado en Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos (2011-2014) y fue Becaria del CONICET (2010-2015) con sede en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Magister en Ciencias Sociales con Orientación en Educación (FLACSO). Sus últimos trabajos discurren sobre la impronta de la forma escolar en espacios educativos no escolares y las mutaciones que los recorridos no escolares producen en la escolarización actual. Se desempeñó como docente en instituciones de Formación Superior. También ha colaborado en Proyectos de Formación Docente en instituciones ministeriales. Correo electrónico: evacanciano@yahoo.com.ar

escritor, de una prosa exquisita y admirable por su honestidad en el decir y su pasión por la lectura y la escritura. ¡Bienvenidos!²

Evangelina Canciano (EC): Martín, ¿Cómo fue que llegaste a la literatura? ¿Cómo fue tu inmersión en la escritura de libros para niños? ¿Cómo te sentís dentro de ese mundo?

Martín Sancia Kawamichi (MSK): En realidad, empecé a escribir por culpa del insomnio. Tengo insomnio desde los ocho, nueve años. Y el insomnio me hacía pensar mucho en la muerte. Era un tema en el que no podía dejar de pensar de chico: qué va a pasar después de la muerte. Y me angustiaba mucho. Era un horror el insomnio, porque en aquella época no había televisión después de las doce de la noche y yo me quedaba despierto hasta las dos o tres de la mañana. Y empecé a escuchar a Dolina, que tenía el programa *Demasiado tarde para lágrimas*, de una a tres de la mañana.

Yo tenía 12 años y es Dolina quien me abre las puertas al mundo de la literatura, y sobre todo me señala, indica, que hay escritores que se hacen las mismas preguntas que yo: Unamuno, Schopenhauer, el mismo Dolina se preguntaba por la muerte. Entonces empiezo a leer y me siento en sintonía con esa gente que tiene la misma preocupación; no buscando una solución, sino una compañía. Y pienso que la manera que yo podía canalizar ese miedo a la muerte era leyendo y escribiendo, imaginando historias. Tratando de llevarlo hasta el extremo, a ver si dejaba en algún momento de sentirlo.

Y lo combatía también con humor. El humor negro a mí siempre me resultó salvador. Noto que se da en personas con mucha sensibilidad. En general se cree que no, que el que hace humor negro no es sensible, y no. El humor negro suele ser practicado por gente que tiene una profunda sensibilidad, qué está haciendo humor con sus horrores, ¿no? .

Entonces Dolina me llevó a la lectura. Yo empecé a leer a esa edad, a los 12 o 13 años y directamente empecé por lo que él leía, lo que él recomendaba: Borges, Bioy

² El uso del género masculino como generalización responde a los efectos de facilitar la lectura de la entrevista.

Casares, Sábato, Unamuno, Schopenhauer, que era un filósofo pero que me interesó mucho.

Y después ya me abrí de Dolina y seguí leyendo por mi cuenta. Fue a partir de descubrimiento de Onetti. Ahí empecé a hacer mi camino como lector porque Onetti era un tipo que Dolina no nombraba, creo que hasta no le gustaba, y a mí me voló la cabeza. Y ya hice mi camino sólo.

EC: En tu experiencia, ¿existe alguna relación entre escritura e infancia?

MSK: Sí, sí, de alguna manera sí. No con la literatura infantil. No leí nunca literatura infantil de chico porque empecé a leer de grande, y lo que yo buscaba no eran las respuestas que pudiera darme la literatura infantil. No me iba a hablar de la muerte como yo quería y ya tenía ese tipo de preocupación.

EC: ¿Pero sí una relación entre escritura e infancia?

MSK: Sí, sí, claro... ¡Ahí está todo! Yo de chico inventaba todo el tiempo. Soy hijo único, y un hijo único pasa mucho tiempo solo. Aunque tenía muchos amigos, de noche estaba solo. Si me iba de vacaciones, estaba solo, y estás condenado a tener entretenimientos solitarios. Jugaba mucho con los muñecos de *La guerra de las galaxias*, y hacía historias y las escribía. Pero nunca con el fin de ser escritor.

EC: ¡Era un juego!

MSK: Sí, yo no leía. Había leído dos libros que me habían gustado mucho: *El misterio de las valijas verdes*, de Syria Poletti y *Cuentos de la selva*, de Horario Quiroga. Pero no me abrieron el gusto a la literatura. Sí me encantaron, pero me pareció que solo eran dos rarezas y que el resto de los libros eran aburridos, me pasaba eso. El que me abrió a lectura, como dije antes, fue Dolina. Sobre todo, a gente como Sábato, que luego dejé de leer. Me encantaba ese mundo de oscuridad y también esas ficciones que estaban todo el tiempo atravesadas por la muerte, por la baba de las sombras.

Igual me sucedió con el género de terror, que me empezó a gustar a partir de mi miedo a la muerte, antes no lo soportaba. Cuando empezó esto del miedo a la muerte, empecé a consumir literatura de terror porque también me daban esperanzas de algo. Para mí era un género que abría puertas. Me daban miedo, en cambio, otras cosas. Por ejemplo, el tango *Caserón de Tejas*. No podía escucharlo porque habla de la madre muerta y del paso de los años. Y yo no soportaba el paso del tiempo. Me daba muchísimo miedo. Escuchaba *Caserón de Tejas* y me tapaba los oídos. Me hacía llorar, me mataba, me mataba. Yo no quería que el tiempo pasara. No quería que hubiera un misterio en la vida, y la vida está llena de misterios. Yo quería otra cosa... Quería ser un chico normal, todo el tiempo.

Nunca busqué ser distinto al resto y llevaba una vida absolutamente normal. La rareza venía a la noche, con el insomnio; por alguna razón no podía dormir. Era buen alumno, deportista, estaba lleno de amigos, pero no dormía. Tenía que ver también con que mis viejos no vivían juntos, mi papá tenía otra mujer y a mí me parecía que sin un hombre en la casa estábamos desprotegidos.

Sí, yo creo que empezó por ahí. Y después estar en la oscuridad muchas horas te lleva para cualquier lado. Nunca te va a llevar para un lado normal. Mi mamá me decía: "Pensá en cosas buenas". Yo le decía: "¿Cómo voy a pensar en cosas buenas si estoy a oscuras a las tres de la mañana? ¿Cómo querés que piense en cosas buenas? No se puede pensar en cosas buenas en esa situación" (risas). Mi vieja nunca pudo entender esas cosas, ¿no? .

EC: Claro, a esa edad habías descubierto la existencia de la muerte...

MSK: Mi mamá me decía: "¿Por qué estás con este miedo a la muerte? Si vos estás bien". "Pero me voy a morir en algún momento". "Bueno, pero dentro de mucho tiempo", me decía mi mamá". ¿Te parece mucho tiempo 70 años u 80 años? Si voy a estar millones y millones de años muerto. ¿Vos te das una idea de lo que es eso?"

Me hizo bien no encontrar consuelo en mis viejos, porque me exigió buscar gente que se tomara el tema un poco más en serio. Porque a mí la religión y la reencarnación, y todo eso, me parecía que era una gilada absoluta, ya de chiquito no me podían brindar

consuelo. Buscaba respuestas realistas, no mágicas. Soy bastante terrenal en esas cuestiones.

EC: ¿Qué sería “realista”?

MSK: Pensar que uno va a reencarnar, me parecía un disparate. Yo decía: “Tiene que ser a lo sumo como antes de nacer, o sea, como antes de tener cerebro”. Lo comparaba con el desmayo. Una vez me desmayé y dije: “Debe ser algo así la muerte, no como un sueño”. No creo que el sueño sea un ensayo de la muerte... Para mí, el ensayo de muerte es el desmayo. Se te apaga el cerebro y es como si no existieras. A los 10 años le planteaba todas esas cosas a mi mamá.

Una vez que fuimos a un velorio, yo era chico, y ella me dice: “Parece dormida”. Y yo le dije: “Pero lo raro sería que parezca que está bailando un malambo” (sonrisas). Mi mamá: “Pero no digas esas cosas”. Yo: “Pero son tontos, cómo no va a parecer dormida si tiene los ojos cerrados. Un poco de seriedad, ¿la gente no piensa cuando habla?”. A mí me parecía que era un hecho fundamental como para ir a sentarte a decir cualquier cosa: había un cadáver.

Y, bueno, tenía esas preocupaciones y no es que se me han aliviado, siguen estando, pero el hecho de que yo escriba las han controlado un montón. La escritura controla un montón mi miedo a la muerte.

EC: Y de ahí a la escritura de la literatura infantil, ¿cómo llegaste a ese mundo?

MSK: Primero llegué a la literatura para adultos y después de muchos años empecé a escribir para chicos. Nunca creí que yo sirviera para escribir. Se me había metido en la cabeza que para ser escritor tenía que saber inglés. Y la verdad es que no me gustaba el inglés y no había manera de que aprendiera. Aparte, tenía que aprender solo porque mis viejos no tenían dinero para mandarme a un profesor. Era algo fuera de mi alcance, algo para gente de dinero, igual que escribir. Estaba atraído por la escritura desde los 14 años y recién a los 17 o 18 años me largué. Y no terminaba nada de lo que empezaba. Tuve que cumplir 21 años para tener mi primer cuento terminado. No podía llegar nunca al final, y eso tenía que ver con cómo encaraba los textos. Hasta que

encontré una manera que me ayudó a encontrar el camino: dar un salto al abismo, no tener nada planeado. Hasta ese momento escribía siempre con un plan en la cabeza. Un día descubro que, sin seguir un plan, tan solo dejándome llevar, podría construir una estructura quizás más compleja que la que hubiera pensado de antemano. Era una cuestión de confianza. Y a partir de ese momento, eso lo tuve siempre: la confianza de que voy a terminar. No la confianza de que podía hacer algo bueno, porque eso es otra cosa. Hacer algo bueno o malo es igual de difícil (risas), pero ya no depende de uno. Pero sí, tengo la confianza de que voy a terminarlo y eso me anima a poder seguir cualquier camino que me proponga una historia. Sin miedo a que quede inconclusa.

Y a la literatura infantil llego por Reina Reich, que estaba haciendo *Reina en colores*, y mi tío Juan Carlos, que es una de las personas que más quiero en la vida, me dice: “Mirá conozco a alguien en la producción, ¿Querés mandarle algún cuento infantil?”. Le digo: “No escribo cuentos infantiles”. Me dice: “Pero bueno ¡probá!” Y pruebo, y me sale un cuento de veinte páginas, imposible para la televisión... Y me quedó eso.

Después seguí escribiendo, yo en ese momento estudiaba cine y escribía guiones para adultos. Pero siempre me había quedado eso de... ¡Cómo disfruté escribir ese cuento para chicos!

Y un día que estaba en mi casa, ya grande, tenía más de 30 años, se cortó la luz y estaba escribiendo una novela para adultos y con ganas de escribir, y no me gusta escribir a mano... Entonces dije: “Bueno, voy a escribir a mano, pero fábulas cortitas, que sean de animales”. Y así surge este libro, el de *Breves historias de animales...* Surge de un tirón y yo creyendo que era para adultos. Después lo terminan enviando a Sudamericana y lo toman como un libro infantil. Y ahí digo: “¡Ah, bueno!” Y empiezo a escribir y me enloqueció escribir literatura infantil y me gusta más que escribir para adultos.

EC: ¿Qué le encontrás?

MSK: Porque pensaba en chicos que tenían el mismo problema que yo cuando era chico. En mis libros infantiles siempre hablo de la muerte. Es el único tema del que hablo. Es un tema que me parece que no estaba muy tratado en la literatura infantil. Al

margen, no es que yo quiera ser original, pero digo: “¿Qué? ¿Un chico no piensa en la muerte?” Yo de chico sí pensaba, entonces dije: “¡Voy a escribir para chicos que son como era yo!”.

Tengo una primera novela que no la pienso publicar porque es sobre una abuela muerta. Es sobre mi abuela. Y no quiero hacer pasar a los chicos por eso. Es una novela que... se me llenan los ojos de lágrimas. Mi abuela no estaba muerta todavía, pero fue la manera en que... yo ya veía venir la muerte de mi abuela y en esa novela la encaré, y no la pude volver a leer nunca más, pero... esa fue la primera novela para chicos que escribí.

Se llama *Un millón lágrimas después*. Y es la historia de un chico que sueña algo mientras está durmiendo en la falda de la madre en el velatorio de la abuela. Y en lo que va soñando se van incorporando cosas que están sucediendo en el velatorio y él las incorpora de manera mágica. Y al final yo terminaba la novela decidiendo no despertarlo al chico, que siguiera durmiendo y que se despertara después de que el libro terminara. Bueno, es una historia muy triste y nunca en la vida la voy a publicar, pero me gusta, me gusta, pero no puede ser que yo abra un libro y me ponga a llorar. No puede ser así.

Así que siempre la literatura infantil que escribo estuvo relacionada con la muerte. Y más allá de lo que te decía, no me interesa tanto tratar en un texto la muerte de los otros. No me gusta eso, estoy en contra. A mí me pasó una vez de chiquito de ver un dibujito animado, tipo Heidi, que son serios, y la abuela del protagonista que era muy parecida a mi abuela empieza en un capítulo a toser y al final muere. No me dejó nada bueno ese capítulo, me amargó la vida. Después de ese capítulo cada vez que mi abuela tosía, yo me asustaba. No creo que sirva para nada eso, creo que es un golpe bajo, brutal. Prefiero que un chico piense en su propia muerte, pero en ese desamparo no. En esa cosa horrible, no. Yo no quiero que un chico se quede con la idea de que su abuela se puede morir en cualquier momento, porque es escalofriante vivir así. Yo lo tenía a eso...

Bueno, la idea de que todo lo que te rodea es frágil, no la quiero transmitir a un chico, eso no, no. Yo lo creo a eso, pero no sé si está bueno convivir con eso. Más para un chico. Por eso no quiero publicar ese libro. Y por eso no escribo sobre muertes ni de abuelos, ni de madres, ni de padres, ni de hermanos. Si toco esos temas tiene que ser de un modo irreal: una abuela está caminando por la calle y estalla en mil pedazos. ¡Así, sí! Pero no de una muerte natural. Porque aparte pienso que puede haber un nene que

está con la abuela enferma y en la escuela le dan a leer el libro, y tiene que ver cómo en el libro la abuela del personaje se muere, y no no no no no... Yo pienso en el pibe y no lo quiero poner ante eso. Sí, que chapotee en la muerte, está todo bien, y que nos riamos juntos de la existencia de la muerte. Pero no, saber que todo lo que está sosteniendo tu mundo es frágil. Eso no. Que esté seguro, que crea que está pisando fuerte.

EC: Al menos un rato...

MSK: Sí, si no es terrible. Creer que, en realidad, estás desamparado en la vida, que tu mamá se va a morir, que tu papá se va a morir, que vas a tener que vivir muchos años sin ellos, que no te van a poder defender de casi nada. No, ¿para qué? Para eso está la literatura para adultos.

EC: Quería preguntarte ¿Qué es la literatura infantil para vos y qué relación tiene con la narrativa para adultos?

MSK: Para mí los temas son los mismos. Porque no voy a dejar mis obsesiones de lado cuando escribo literatura infantil, porque eso sería engañarme. Por eso no escribo libros sobre leyendas mayas, esas no son obsesiones mías. Lo que me obliga es a trabajar esa obsesión, preocupado en un lector al que yo no le quiero hacer mal. Al adulto no me importa, bécate, llegaste hasta esta edad, bécate, la vida es así. Si vos creías que era otra cosa, ya estás grande. Pero al chico, no. Y si se está haciendo esas preguntas es un modo de acompañarlo con esas preguntas que se está haciendo. Y tengo esa idea de que lo estoy acompañando. Si hablamos de temas así, monstruosos, me gusta llevarlo, ir de la mano, pero no arrojarlo a ningún abismo. Al adulto, no, no pasa nada.

Pero, básicamente, el trato de la prosa es otro. Y también trato de dejar de lado cosas que sé que a un pibe no le van a interesar y que a mí no me interesaban como chico. Pero ni si quiera me lo planteo, no me sale ponerlo. Pero que el personaje se ponga a discutir sobre literatura, o sobre sexo... Sí me parece que en la literatura infantil puede haber una tensión amorosa. Entonces no lo encaro con cosas que me parecen

que pueden llegar a aburrir y a despertar algo que después no pueda parar, bueno eso no lo hago³.

EC: ¿Ese sería tu límite?

MSK: Creo que hay que tener límites en todo. La literatura para adultos también tiene límites que son los límites propios. Pero un libro puede hacer mal a la gente... Yo no quiero que un libro mío haga mal. Si te hago pasar por una experiencia perversa, pero quiero que sea un acto de... Yo leo a Onetti y te hace ver la vida como algo terriblemente desgarrador, como algo triste, pero termino de leerlo y estoy feliz de que la tristeza pueda dar eso. Ahora si Onetti me dijera que en el mundo hay tres carajos para hacer, y no, no. Eso no. Entonces, tengo esos límites. No me gusta darles patadas a los lectores y dejarlos ahí, no.

Después ya eso es una idea que tiene que ver con mi trato con las personas, o sea, si no puedo aportar calidez, desde el lugar que sea, pero la calidez la tengo que aportar: vos te sentaste a leer mi libro, te puedo hacer pasar por algunos momentos raros, pero tiene que reinar la felicidad en esto. Es el pacto que yo hago con el lector. Y voy a tratar de hacerte reír en algunos momentos. Pienso mucho en eso. Está lleno de escritores que odian al lector, bueno yo no, odio a otra gente (risas).

EC: Y pensando en el lector y en toda tu obra para los chicos, ¿qué niño lector crea tu literatura? ¿O qué le exige tu literatura al lector?

MSK: Una vez que me preguntaron esto, dije que escribo para chicos con insomnio. Después pensaba, para chicos que le gustan leer cosas para adultos, y adultos que les gustan leer cosas para chicos. Estoy medio en una frontera. Por eso se me hace más difícil entrar en las escuelas. Hay libros míos que no se sabe si son para adultos o para chicos. Por ejemplo, jamás he visto un libro mío en una escuela católica. Una vez, una maestra me dijo que chorrea ateísmo lo que yo hago, y me dijo: "Se nota que sos

³ En relación al efecto que pueden producir las vanguardias en el lector, se sugiere la lectura de la crónica *Vanguardias de la literatura infantil* (2016), del autor. Disponible en: <https://evaristocultural.com.ar/2016/08/25/vanguardias-de-la-literatura-infantil/>

alguien que no cree en Dios". Y le digo: "Bueno, sí, pero lo busco ¡eh! Yo lo busco todo el tiempo..."

EC: ¡Qué hermosa respuesta!

MSK: Sí, lo busco todo el tiempo. ¡Ojalá pudiera! No creo en Dios, pero estuve una semana viviendo en un Monasterio. A ver si vos sos capaz de buscarlo así. Yo lo busco todo el tiempo.

Y el tipo de lector es el chico que no sabe qué hacer con la soledad. A ese pibe me gusta acompañarlo. Para hijos únicos como yo. Sí, porque es una tragedia: no tenés con quien conversar a la noche, no tenés con quién compartir las pelotudeces que hacen tus viejos, no tenés con quién discurtirlo. Es un entrenamiento de soledad. Es tremendo ser hijo único: todos los terrores, todas las idioteces que hacen los padres, todo el horror del mundo, son para mí. Sí, recibís para el día del niño un poquito más de regalos, pero después te volvéis un ser tirando a sombrío.

EC: Cuando no un tirano... (risas). En otras entrevistas leí que decías que tu sueño es algún día lograr contar la misma historia para chicos y para adultos... ¿Por qué? Ahí contabas que lograste que algunos elementos o personajes aparecieran en ambas narrativas, pero que todavía no lo lograste. Lo que quería preguntarse es: ¿Qué impulsa esa idea? ¿Hay alguna mirada de la literatura que te lleva a buscar eso?

MSK: Es un desafío literario el de poder hacerlo. Pero, a su vez, creo que me recibiría de escritor cuando haga eso. Y es algo que no lo voy a lograr nunca. Hasta es un objetivo ridículo, absurdo. Pero siempre busco eso. Siempre que termino una novela para adultos estoy pensando cómo hacer la versión para chicos - no de un cuento- de una novela donde trate exactamente el mismo tema. Y si es una tragedia sexual para adultos, quiero hacerla para chicos. Y no, no me sale.

Por ejemplo, en el caso *Shunga* y *Todas las sombras son mías*, yo pensé que era la misma novela. Y, bueno, se terminó disparando para otro camino. Fracaso siempre con eso. Pero en algún momento lo lograré.

También tengo otra ambición que es escribir una novela en un género que la continuación sea de otro género: la primera parte policial, la segunda de ciencia ficción. Eso es algo que me encantaría y lo vengo pensando, pero bueno, nunca se me ocurre nada.

EC: ¿Respecto a cómo hacerlo?

MSK: Claro, porque no lo he visto. Me gustaría que en su segunda versión cambie totalmente el género e incluso de público. Me encantaría eso. Hacer una novela de terror, oscura y la segunda novela romántica y es la continuación. Eso también es otra ambición que anda dando vueltas.

EC: Ayer les leí a un grupo de niños: “Breves historias de animales sabrosos, engreídos, enamorados, malditos, venenosos, enlatados, tristes, cobardes, crueles, espinosos (Y otras historias)” Y me dijeron: “¡Ah, qué título más largo!”. Se quedaron eloquecidos con el título.

MSK: (Risas)

EC: *¿Querés leernos alguna de las historias breves, por ejemplo: ¿La te da más miedo y otra que te dé mucha risa?*

MSK: Sí, ¡tal cual! Lo tengo re contra claro. Hay uno que es el que me da más miedo... Es como una definición del insomnio para mí.

“Regresión”

Aún no había pasado una hora de nacimiento del conejo cuando de pronto apareció un puma y se lo comió de un solo bocado, entero. El pobre conejo no se asustó: al fin y al cabo estaba más acostumbrado a estar adentro que afuera. Así que se quedó tranquilo, seguro, esperando, con la misma paciencia de horas atrás, que el tiempo pasara pronto, muy pronto, y su nueva madre lo pariera.

El otro cuento...

“Catalepsia”

En el silencio nocturno del supermercado se escucharon unos golpecitos desesperados, toc-toc-toc-toc-toc-toc, que provenían del interior de una lata de sardinas.

EC: (Aplausos)

MSK: Lo tenía re claro porque son los dos que primero escribí. Empecé con el que abre el libro, que fue realmente el primero y después seguí con esos dos y no pude parar, fue una recontra experiencia.

EC: ¿Escribiste más de cien?

MSK: Sí, más de cien y después me bocharon muchos. Quedaron sesenta. Estuvo bien el criterio de la editorial. Me dijo directamente: “Acá ya te diste cuenta que estás haciendo literatura infantil, y ahí ya empezaste a hacer pavadas, así que lo sacamos”.

EC: Bueno, el asunto de la compleja relación entre el editor y el autor es algo sobre lo que escribís y que aparece en *Los Poseídos de Luna Picante* y también en *Breves historias de animales...* Y hablando de *Los poseídos de Luna Picante*, sabes que he constatado que al terminar de leerlo uno se queda un poco poseído. Algo de eso también le pasó a mi sobrino Leo, con quien compartimos la lectura de esta novela, y él repetía: “Luna Picante - Luna de miel, Luna Picante - Luna de miel”, y lo repetía cual mantra, una y otra vez... Entonces quería hacerte dos preguntas: ¿Se puede escribir *Los poseídos de Luna Picante* sin estar poseído? ¿Y para vos qué cosas son “picantes”?

MSK: ¡No, no! ¡No, no, no! (sonrisas). Lo escribí en estado de posesión, tal cual, tal cual. Fue en dos horas que escribí este libro y no podía parar...

EC: ¿No podías parar? Estabas poseído ¿por qué cosa?

MSK: ¡Por la risa! Fue la única vez que me reí con algo que yo había escrito. Es una locura el libro. Pero no podía parar y, a su vez, me parecía que ese día podía escribir

cualquier cosa, que todo iba quedar bien. No sé, tenía esa sensación. Porque empezar una novela infantil con un tajo en la garganta del protagonista y descuartizamiento, no era algo habitual. Pero yo le tenía fe y sabía que estaba haciendo algo inocente. Estaba seguro que el libro chorreaba inocencia, no había oscuridad. Me parecía que era como un pelotero sangriento, esa onda...(risas).

Pero, bueno, no puedo evitar que el tema sea la muerte también. Empieza con la muerte del autor. Está escrito a través del juego de la copa. Es un libro que encima fue publicado por una de las editoriales más conservadoras que hay acá. Y eso yo se lo debo a Franco Vaccarini que estuvo de jurado en el concurso y estaba medio en dudas porque decían: “No se lo vamos a vender a nadie este libro”. Y Vaccarini, peleó y dijo: “Por lo menos démosle el segundo premio, pero que salga.” Y el día que me dieron el premio, las palabras que dijo Vaccarini fueron las más hermosas que yo he escuchado en la vida sobre un texto mío. Fue una locura, salí llorando. No podía creer que él estuviera hablando así de mi libro y de lo que le había parecido. Así que es un libro que recontra quiero.

EC: Lo leí varias veces, es sumamente querible este libro...

MSK: Si, lo quiero a este libro. Tiene más prensa *Todas las sombras son mías*, pero este es el que más quiero... yo lo adoro a ese libro. Fue genial lo de este libro porque lo devolvían de los colegios (risas). Pese a que no era de terror, lo devolvían porque era gore. El género gore, es el género de terror, de descuartizamiento. Decían: “No, cómo vamos a dar un libro donde ruedan cabezas, se descuartiza gente”. Y yo les decía: “Me crié viendo como Jerry lo partía en veinticinco pedazos con un hacha a Tom. Desde ahí estoy escribiendo, no estoy escribiendo desde otro lugar.

EC: ¿Puede ser que en el lenguaje audiovisual los adultos aceptemos más ese tipo de cosas que si están escritas? Digo esto pensando que la escritura es algo que queda fijo.

MSK: Sí, no sé, puede ser... Igual vos pensá que en los dibujitos estaba muy cuidado, porque no había sangre en los descuartizamientos de Tom y Jerry. Nunca hay

sangre y todo se arma y desarma. En los dibujitos se hacían cosas que no se hacían para adultos. Por ejemplo, que dos hombres se besaran en la boca. Bugs Bunny lo besaba a Elmer siempre en la boca ¿No sé si te acordás? Le daba un chupón en la boca y estaba todo bien. Para adultos no se podía hacer eso ¿Viste? Los dibujos animados son mucho más interesantes de lo que suele creerse. Y en mi caso forma parte de mi formación, es lo que yo mamé de chico: los dibujitos más que la literatura infantil. Y yo tenía ese imaginario en la cabeza... donde las cosas se descuartizan y no pasa nada.

EC: ¿Nos leerías un fragmento de Los poseídos de Luna Picante?

MSK: ¡Sí, claro!

Luna Picante es el escenario en el que va a transcurrir buena parte de esta historia.

Nos vamos a mover por calles angostas que apestan a puerto, entre hombres y mujeres que apestan a niebla, a río...

El relato empieza mal, con un tajo.

Y no es un tajo textil, de esos que ocurren, con relativa frecuencia, en la entrepierna de un pantalón, y que hacen público un destello de piel o de calzoncillo.

Es un tajo distinto, de otra índole.

Un tajo de los que sangran profusamente.

De los que acaban con una vida.

Longitud: 9 cm

Profundidad: 3 cm

Ubicación: la garganta del protagonista de esta historia.

Posibilidad de supervivencia del herido: nula.

EC: ¡Gracias! Y al estilo de cuando en Shunga decís: “Cosas que deberían tener olor”... acá la pregunta es: ¿Y qué cosas son picantes para vos?

MSK: El insomnio y todos sus secuaces (risas). El insomnio es picante y el ser hijo único es picante.

EC: ¿Más picantes que la pimienta?

MSK: ¡Sí, más picantes que la pimienta! ¡Ojalá fueran como la pimienta! Bueno, yo no tengo hijos, pero siempre es algo que me planteo: ¿Qué le puede dar un padre a un hijo? Me parece que tener recursos para no aburrirse. Va a estar todo mejor si eso pasa. Y yo no me aburro desde que empecé a leer y a escribir. Hace por lo menos 30 años que no me aburro. No recuerdo un segundo que me haya aburrido. Siempre estoy entretenido con algo. Y creo que eso tiene que ver con que el insomnio me aburría mucho, era desesperante. Encima yo vivía en una especie de conventillo, me fui de un barrio de La Matanza que, si bien era muy pobre, éramos todos amigos y la gente salía a la calle. Y sentía que todo el barrio te protegía. Y después paso a vivir en el barrio de Chacabuco, un barrio solitario, oscuro, que a las ocho de la noche no quedaba nadie en la calle. Yo no estaba acostumbrado a eso. En mi barrio, el barrio Sarmiento, la noche terminaba a las diez, doce de la noche para los chicos, y seguían los grandes. Y era imposible sentirte solo ahí. Dormía siempre escuchando bailanta, siempre algo...

EC: Siempre la gente estaba ahí...

MSK: Siempre la gente estaba ahí. Venir a Capital para mí fue... se me despierta el insomnio ahí, a los ocho nueve años cuando vinimos a Capital. Pero bueno, creo que no hubiera buscado desesperadamente tantos recursos para divertirme si hubiera tenido... Hice muchas cosas: estudié cine, estudié teatro, dibujo, música, piano, saxo. Y encima disfruto mucho de ver películas, de leer. Entonces no hay manera de que me aburra ya. Ojalá no pase algo que me condene al aburrimiento en algún momento.

EC: Seguramente encontrarás otros recursos...

MSK: ¡Ojalá! Pero ese es uno de los terrores que tengo, aburrirme.

EC: ¡Otro “picante”!

MSK: ¡Sí, el aburrimiento es feo! Y no suele mencionarse como una de las tragedias de la vida ... Pero no sé si es una experiencia recomendable el aburrimiento. Yo lo sufrí mucho y, bueno, pude salir con esto. Pero podría no haber salido, podría haberme convertido en una persona mucho más oscura... Sí, no tener una pasión, no tener algo que te desvele, es horrible. Como también debe ser muy horrible para la gente que no puede realizar las cosas que quiere. Debe ser una gran tragedia eso. Gente que quiere tocar el piano y no puede o se inculcan a sí mismos que tienen que ser buenos y optan por no tocarlo. Yo creo que es una tontería dejar de hacer esas cosas y también eso de que hay que ser bueno para hacerlas. Si tocás el piano mal, es preferible eso, a no tocarlo. Vas a ser muchísimo menos oscuro, y aparte te va a dar muchísimas satisfacciones igual. No necesitas ser Bruno Gelber, que también la pasó bastante mal. Digamos, que tampoco te garantiza nada ser bueno en algo.

EC: Está bueno recordar eso... Me gustaría también que nos cuentes de *Anchoa*, una novela juvenil con una prosa exquisita, que se publicó en Bolivia en 2017 y ojalá pronto se publique también en Argentina: ¿Cuál es el conflicto que planteás ahí?

MSK: Cuando hice *Anchoa* había pasado por una experiencia horrible. Fue pública, porque salí en todos los diarios, en todos los programas de la televisión. En la estación Uruguay del subte, un muchacho le robó el celular a una chica y lo quisieron linchar. Lo defendimos nada más que dos personas. Y a mí me tiraron gas pimienta en la cara, un tarado que pasó que creyó que era una persona normal haciendo eso, que una persona que no sea peligrosa para el mundo puede hacer eso. Que por el solo hecho de que alguien robe un celular puede tirarle gas pimienta en la cara cuando ya está agarrado por la policía, cuando ya está absolutamente inmovilizado. Y toda la gente se acercaba y le quería pegar y el tipo estaba atrapado, encima tenía la cara ardiendo, que a él se lo tiraron a los ojos, yo me comí el vapor y me hizo muy mal, imagínate lo que era para él. Y después salió Nelson Castro hablando de “El país del revés”, y habla del linchamiento y de mí que lo defendía. Y muchos en las redes hablaban que yo era cómplice. Es decir, que todo lo otro estaba bien.

Me parece medio salvaje, digo: “¿Cómo tenés que estar de la cabeza para que se te despierte este odio por un tipo? Qué sé yo, por más que te robe un celular, a mí no

me da para ir y pegarle a una persona”. Entonces, empecé a pensar cuándo yo me había comportado así. Y dije: “Bueno, vamos hacer un ejercicio de bucear en la mierda de uno”. Y ahí me acordé de un chico que, en mi barrio, le tiraba ácido en los ojos a los gatos. Y le tiró a un gato que era nuestro, que no era de ninguno en particular, era un gato que nosotros queríamos, era chiquitito, y nos propusimos vengarnos. Y fue monstruoso vengarse. Es algo que no me parece porque, aparte, visto desde ahora, era un chico del que ya se habían vengado bastante todos. O sea, no había hecho más que padecer y la única respuesta que encontró él fue ir y lastimar a gatos que estuvieran más indefensos que él. Igual le estaba quemando los ojos a los gatos y nos había involucrado en serio en algo. No es como conté en *Anchoa*. Lo que le hicimos fue quitarle el único regalo que el pibe había recibido, fue eso nada más. Se lo robamos con un ardid que inventé yo. Como él tenía una debilidad mental... O sea, vos pensá en el Petiso Orejudo y era así el pibe, tenía esas orejas y era así de inocente y de maldito. No estaba hecho para el mundo, encima tenía un padre alcohólico, una madre que había desaparecido porque el padre le pegaba. Era un desastre su vida, él estaba siempre con la misma ropa, olía mal. Lo llamo *Anchoa* porque siempre tenía olor. No iba a la escuela, nunca había recibido un regalo. Y un día apareció con que le habían regalado un yoyó. Y un amigo y yo se lo cambiamos por un mapa del tesoro que inventamos. Se lo robamos. Después nos reíamos porque lo veíamos seguir todas las pruebas, como pegarse cachetadas y tomar agua podrida. Y en la novela lo que hice fue llevar eso al extremo. Los otros personajes del libro son el gordo Changuito y yo. No le hicimos un mapa tan cruel como el del libro. Pero le quitamos el único regalo que había recibido en la miserable vida que tenía. Y se lo sacamos, y abusamos de su desamparo. Fue un acto miserable.

EC: La venganza es un acto miserable...

MSK: La venganza es un asco porque tenés que estar en condiciones para vengarte de alguien. Tener una clase de odio horrible. Es lo opuesto a la justicia. Además, creer que vos estás en condiciones de impartir justicia es de una soberbia espantosa ¿Cómo alguien puede creer que linchando a otro que está tirado en el suelo el mundo va a funcionar mejor? No quiero vivir según las reglas de esos linchadores y me dio bronca que el periodismo no pudiera pensar de esa manera. Es una de las bases del

cristianismo, ¿no? Yo no soy cristiano, no soy católico, pero fui de chico mucho a la iglesia y vi cómo los mismos que quizás apoyan los linchamientos se emocionaban escuchando la frase de la otra mejilla. Y ahí andan, creyendo que alguien que comete un robo merece el linchamiento y la muerte. En el mundo que plantea esta gente yo no quiero vivir, y no quiero a esta gente en mi mundo tampoco, pero están. Y entonces hay que ponerles límites porque sino te comen vivo. Estoy seguro que esa gente es incapaz de reconocer su propia mierda, como hicimos Chango y yo después. Jamás nos olvidamos de eso y jamás dejamos de arrepentirnos de lo que hicimos. Yo tenía 11 años y la escribí a los cuarenta y pico recién. Me parece que *Anchoa* es el libro más duro que tengo y donde más se maltrata a todos los personajes. Después de eso supe que la venganza no sirve tampoco para resolver. No resuelve nada, te vas a quedar peor. Si no te da la sensibilidad para no vengarte, bueno, pensalo desde el punto de vista práctico, no te va a servir para nada.

EC: Me gustan estas preguntas que aparecen en la contratapa: “¿Puede ser justa una venganza? ¿Seguimos siendo víctimas después de vengamos brutalmente de un mal que nos han hecho? ¿Ser víctimas nos autoriza a derramar la sangre del otro? También cuando dice: “*Anchoa* es indudablemente esa novela que tus padres y profesores no querrán que leas, pero te pedirán que lo hagas.”

MSK: Es un tema que va seguir siendo actual porque, bueno, forma parte de la desesperación humana. La vida es injusta y las cosas que nos pasan son injustas, pero vengarse es un acto horrendo. Es una salida para monstruos. De esa puerta el que vuelve es un ser monstruoso. El libro termina con un acto de bondad que el Chango y yo hacemos y que sabemos que no arregla las cosas. Lo que hicimos fue una monstruosidad y habrá que convivir con eso y tratar de no volver a hacerlo nunca más. Pero eso de decir lavo con un acto de bondad toda la mierda que hice, no nos limpiaba en absoluto.

Y por eso traté de que *Anchoa* fuera malo posta, porque sino, no iba a tener sentido la historia. Pienso que vengarse de este monstruo te hace un monstruo peor. Y hay un montón de cosas que vos no estás viendo cuando crees que estás frente a un monstruo. Ves solo la parte monstruosa, pero un monstruo no se hace de un día para otro. En fin, me gustó discutir sobre ese libro en Bolivia. Hablamos mucho de eso, incluso

en colegios privados, católicos (acá hubiera sido impensable), y tuve que abrir mi corazón ante los alumnos y decir: “Yo soy el que hizo eso”. Y muchos chicos dijeron: “Qué bueno, Ancho, se lo merecía”. Y se armó una discusión interesante. Y llegamos a la siguiente conclusión: ¿Quién carajo sos vos para decir quién se merece qué? Y otro detalle: eran todos colegios de clase alta, porque fui a Santa Cruz de la Sierra que es la Bolivia rica. Ahí se publicó ese libro, no en La Paz. En Santa Cruz el coya está visto como un ser despreciable y yo en todo momento traté de hablar de coyas, de la idea de que estás tomando como enemigo a alguien que se crió con muchísimas menos opciones que vos. Tenés que ser muy cruel para considerarlo un enemigo. Qué se yo, ese tipo de cosas que son de la clase media, alta.

EC: Porque en el fondo se sienten amenazados...

MSK: Sí, sí se sienten amenazados, se justifican determinadas cosas. Hay que revisar sin piedad, en serio, y ver cuándo uno se comportó como un monstruo.

EC: Sí, que uno tampoco está librado de serlo.

MSK: Claro, y tampoco sirve decir: “Ah, pero yo era chiquito”. Yo sabía lo que era dejar a un pibe débil mental y pobre sin el único juguete que había recibido, y por eso se lo quisimos sacar.

EC: De tu pluma o, mejor dicho, de tus dedos en el teclado, también surgieron 25 tarántulas y Todas las sombras son mías, esta última novela recibió el premio Sigmar en 2017. Ambas son novelas de terror, pero también diría que son de humor... ¿Cómo se conjugan el terror y el humor en tu literatura?

MSK: Es que a veces me parece que es una cuestión de clima y de cómo se presenta un hecho para que cause terror o gracia. Que una persona le pueda chupar la sangre a otra puede ser muy gracioso, y te puede dar una novela de vampiros. El hecho de que un muerto pueda revivir y tenga hambre de comer cerebros como los zombis, en el fondo es un disparate. Tiene que ver con cómo lo presentes. Son dos maneras de

combatir aquello que nos asusta. Son dos herramientas que utilizo siempre, que me dan alivio: el terror y el humor.

EC: ¿Pero puede ser de terror y de humor al mismo tiempo? ¿El terror da risa?

MSK: ¡Y sí, yo creo que sí! Es que depende, hay una escena en *Todas las sombras son más* en la que el personaje le acerca a una chica una flor, y sabemos que esa flor tiene algo. La chica la huele y le dan ganas de estornudar, y cuando estornuda se le sale la cara, que queda estampada contra una pared. Y ella se queda sin cara a partir de ese momento. Bueno, en el momento en que se me ocurrió eso yo me reí. Después hay un viejito que avanza en silla de ruedas por un pasillo, pero avanza impulsado por la tos. La tos es lo que mueve la silla. En el clima en el que yo lo planteo quizás causa miedo, pero yo me reía cuando se me ocurrían esas escenas, porque yo creo que el terror y el humor están activando el mismo lado de la imaginación. Que salen del mismo lugar. Son dos respuestas maravillosas para aquello que nos angustia. Si bien en *Anchoa* pongo un poco de humor, me parece que es más evidente en *25 tarántulas*. Es muy probable que cuando haga terror me salga el humor porque hay imágenes que es cuestión de correrlas un centímetro y son graciosas en lugar de ser terroríficas. En *25 tarántulas* cuento algo que me pasó. Sufrí varias veces de parálisis de sueño, que es no poder despertarte. *25 tarántulas*, surge de eso, de un chico que no puede despertarse. Quiere, pero no puede. A lo sumo llega a abrir un ojo o algo, pero no se despierta. Hay una explicación científica para eso, otros también la llaman epilepsia onírica, no sé. Y siempre quise escribir sobre eso. Y se me ocurrió la historia de un pibe que no se puede despertar y se le aparece alguien que dice que lo va a ayudar a despertarse. Si me pongo a pensar, en *25 tarántulas* es donde llevé mi imaginación más al límite. No es la novela que yo más quiero, pero me gusta haber hecho una novela de terror con ese tema. Yo había leído algo de Lacan que dice que el afuera opera en el sueño y te lo va modificando. Él cuenta la siguiente escena: un padre sueña que su hijo le dice: “Padre, ¿no ves que ardo?, ¿no ves que ardo?”, y el tipo se despierta y está en el velatorio de su hijo. El nene está en el cajón y se le cayó una vela encima. Lo que dice Lacan es que el sueño que tuvo el hombre fue un mecanismo para no despertar. Podía percibir que el cuerpo del chico estaba quemándose, pero lo hizo sueño porque no se quería despertar, no quería enfrentarse

a eso que lo esperaba cuando abriera los ojos. Y eso me pareció terrorífico, y entonces en *25 tarántulas* hay un montón de cosas que están pasando afuera y que se traducen al sueño de otra manera. En realidad, el personaje no se puede despertar porque está secuestrado y dopado.

EC: Me interesa saber cómo responderías a la pregunta ¿Qué es leer? Pregunta enigmática y amplia.

MSK: Para mi vida la lectura implicó muchas cosas. Para empezar, es la posibilidad de no aburrirme nunca. Abrirme puertas a un montón de otras cosas. La lectura me abrió la puerta a otras artes, me abrió las puertas del cine, la pintura, me intensificó la curiosidad. Yo era curioso, pero me volví mucho más curioso de lo que ya era. Es una puerta también hacia la reflexión sobre las bondades y maldades del mundo. Es una compañía también, y no puedo imaginarme la vida sin leer y sin escribir. Y no es que esté siendo romántico, sino que ya no puedo, ya no puedo recordar cómo era antes de leer. Desde que tengo la lectura no me siento solo en el mundo, puedo sentirme solo, pero no solo en el mundo. Siempre hay una voz que me acompaña y, a veces, esa compañía es sumamente grata y otras no. Pero es un camino hermoso que se me ha presentado y que se lo agradezco a Dolina. La lectura fue una salida a mi miedo a la muerte, una compañía, un consuelo. Y después me llevó a la escritura, pero realmente la lectura es un ejercicio mucho más intelectual que la escritura, y no lo digo yo, lo dice Borges. Puedo escribir borracho, pero no puedo leer borracho.

EC: ¿Qué libro le regalarías a un adulto para que lea a un niño?

MSK: “El misterio de las valijas verdes”, de Syria Poletti. Y con mucho reparo *Alicia en el país de las maravillas* porque es un libro maldito, es un libro-límite. Para mí es una de las más altas demostraciones de la genialidad humana, es una locura ese libro. Es un libro maravilloso. También los cuentos de Oscar Wilde que tenía para chicos. Pero, sobre todo: “El misterio de las valijas verdes”. Es una fiesta.

EC: ¿Sos un lector agradecido? ¿Qué cosas agradeces que se hayan escrito? ¿Consideras que sin esas obras serías otra persona y otro escritor del que sos?

MSK: ¡Sí, claro! Lo que pasa es que también yo creo que sería otra persona sin las milanesas de mi abuela. No solo la literatura te cambia la vida, sino queda el artista en un lugar de superioridad, y *para mí no hay artista ni obra de arte que valga las pestañas de mi abuela Pierina*. Pero bueno, le agradezco a la lectura, me ha modificado un montón de cosas, y hay autores como Onetti que me han cambiado. Me cambió absolutamente la manera de pensar la tristeza. Onetti me reveló un mundo absolutamente triste, pero en el que se podía vivir y en el que era imposible no ver belleza. Yo no podía creer que la tristeza pudiera dar lugar a tanta hermosura. Y que la falta de ganas de vivir pudiera dar lugar a tantas ganas de vivir que me daba. Era contradictorio. Creo que Onetti fue uno de los puntos clave. Y Borges, claro. *El Aleph*, ese cuento, fue un antes y un después. Y también Flaubert, Proust, Tolstoi, Simenon, Marechal. También *American Psycho*, de Bret Easton Ellis, es un libro que me ha marcado profundamente. Son libros sin los cuales creo que el mundo no sería lo mismo. Como tampoco creo que sería igual sin Chespirito. Y no sería igual sin Maradona y sin Doña Petrona. El mundo no lo modifica solamente la genialidad de una persona, hay un montón de cosas. Y sin las milanesas de mi abuela estoy seguro que el mundo sería una porquería. No creo que la literatura sea necesaria para trascender. Mi abuela va a trascender mucho más que yo y no escribió ningún libro. Y ojalá yo pudiera vivir mucho tiempo después de muerto como ella vive en nosotros, y en cómo nos hace lagrimear a toda la familia. No creo que yo pueda lograr eso con un libro, ni con nada. Entonces la trascendencia de lo artístico la tomo con pinzas. Hay gente valiosa en todos los ámbitos de la vida. Si en el mundo hubiera un ochenta por ciento de buenas personas sería una maravilla. Si el ochenta por ciento fueran genios, sería un horror. Prefiero la gente buena a la gente genial o talentosa. No creo que exista nada más hermoso que la bondad.

EC: ¡Muchas gracias! Un abrazo de gratitud.